

BAJO EL CIELO DE ITALIA

Al fin realizo mi ilusión añeja y recóndita; vivo en Italia. La contemplo con éxtasis; la oigo con arrobo; la palpo con voluptuosidad. Te escribo desde Nápoles.

La primavera invade la campiña napolitana con luz y color de conquista, al par que el invierno, avergonzado de su saña contra las flores, huye dando sus últimos aletazos. Los pámpanos en brote parecen guirnaldas que coronaran la tierra fecunda; las margaritas de plata salpican el esmeraldino manto de los campos sembrando capullos reventones de algodón. Florecillas rojas que roban jugo a la vida parecen gotas grandes, y a veces rosarios de gotas de sangre. Las margaritas amarillas, monedas de sol, imaginanse arrojadas por Dyonisos a la campiña para divertimento de los “amorcillos” que en su busca de esclavas prontas al placer desprendiéndose de sus frescos inmortales abandonando aligeros la mansión pompeyana de los hermanos Betti.

En Nápoles, la gerania, flor de los cerezos italianos, cuelga de las pérgolas sus ramazones cual estalactitas lilas, y los cactus del sendero, con sus grandes hojas de mármol serpentino, me recuerdan la vieja aldea donde aprendí a amar la policromía de los campos, el olor de las florestas, la paz de los huertos y la fuerza y esperanza de los brotes primaverales...

El Vesubio perfila sus vertientes cargadas de siglos, de tragedias y de fuego sobre su fondo de ceniza azulina, y respira un vaho que viene del antro tenebroso e hirviente para ascender hasta besar la luna en el azul.

Sobre las lavas que en 1794 invadieron la Torre del Greco y arribaron al mar, la tierra es pródiga en manzanas, peras, higos, nueces, duraznos, olivos frondosos y florecillas encarnadinas, áureas y de zafiro.

Ascendiendo en el funicular se abarcan la Campania, Nápoles, Caserta, Salerno... La vista se va agrandando, ampliando, mientras el tren sube con un declive de 25°. El mar, a la izquierda, entra azul en el caserío rojo y blanco, sonriendo entre el verdor de las huertas a los rayos del sol. A la derecha un pastel brumoso, como visto por Carrière se pierde en el horizonte, entre las brumas.

La lava de los picos de las colinas no soterradas parecen manchones de chocolate, con estrías sepia. En el horizonte la isla de Ischia, separando los golfos de Gaeta y Nápoles, levántanse como un soberbio contrafuerte escondiendo, allende la lejanía, sus casas suspendidas en la pendiente, rodeadas de pinos y de arcadas blancas y festonadas de colgantes, enredaderas que fuesen, como dice Lamartine, el ideal de un poeta o de un amante. El caserío de San Anastacio, visto desde la iglesia del Salvador, antigua ermita, parece un camafeo rosa y blanco sobre esmeralda.

La isla de Capri, semeja gigantesco cetáceo que asomara sus lomos por encima de un mar lapizlázuli. Y alrededor de Capri, Ischia, Procida, el Cabo Misena, la bahía prodigiosa de Nápoles, Sorrento con su frescura perfumada, el golfo Salernitano; más lejos, las montañas de Calabria, y en el confín el mar azul, divinamente azul.

Veo arriba, y es una antítesis total: las faldas del Vesubio son lava petrificada de colores distintos; ya parecen desechos de horno de hierro, ya vetas blancas de plata, vetas azules, vetas oscuras, todas enormes; ya increíbles buñigas o grandes manchones que recuerdan hiperbólicos patios de establos amarillo-verdosos; a intervalos, chiqueros de rebaños sepia oscura. Y luego, levantando la frente, con la cabeza descubierta, admírase el penacho del volcán que asciende sin cesar al cielo, como la mirra que se quemaba en los templos paganos en honor de los dioses penates...

Al fin del funicular, después de ascender con un declive de 65°, durante 10 minutos, se ha alcanzado una altura de 1,240 metros sobre el nivel del mar. Un balcón se adelanta sobre el precipicio, desde donde se contempla una vista grandiosa, más alta que el Sacre Coeur de París, más alta que el Tibidabo de Barcelona, más enhiesta que Notre Dame de la Garde en Marsella, que el Posílipo de Nápoles, que el Caballero Alto de Chapultepec en México...

Nápoles, mayo de 1915. (Fragmento)